

Hans Hellmut Kirst

08/15



*La peligrosa victoria
del teniente Asch*

Traducción
Esther Donato y Prunera



Berenice

Título original: *Nullacht fünfzehn. bis zum ende.*
Der gefährliche Endsieg des Soldaten Asch

© Herederos de Hans Hellmut Kirst, 2015
© de la traducción: Esther Donato y Prunera, 1957*
© de esta edición: Berenice, 2015
www.editorialberenice.com

Derechos exclusivo de edición en lengua española: Editorial Berenice, S.L.
Primera edición: mayo, 2015

Director editorial: David González Romero

Maquetación y corrección: Deculturas, S. Coop. And.
Impresión y encuadernación: CPI

ISBN: 978-84-15441-84-7
Depósito legal: Co-867-2015
Bic: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

* Editorial Berenice ha realizado búsquedas detalladas y de buena fe para localizar a los derechohabientes de la autora de la traducción de este libro. Ante lo infructuoso de esta tarea Editorial Berenice ha decidido actuar en función de la recomendación del 24 de agosto de 2006 de la Comisión Europea que «fomenta la creación de mecanismos de concesión de licencias sobre una base voluntaria para la explotación de las obras huérfanas y de las obras cuya edición o distribución ha sido abandonada», y de este modo, ha designado un organismo neutral, habilitado para conceder permisos de utilización de las obras y para cobrar una cuota en caso de que aparezca el derechohabiente, para realizar la correspondiente reserva de derechos. La editorial queda a disposición de cualquier derechohabiente debidamente documentado para la formalización de sus derechos por contrato normalizado según asociaciones colegiadas de traducción.

Impreso en España / Printed in Spain

TOMO posesión del mando de estas tropas —dijo el desconocido coronel llamado Hauk o el que al menos se había presentado bajo este nombre. Lo dijo con la rígida cortesía típica del superior seguro de sí mismo.

El coronel Hauk contemplaba a los oficiales que se habían reunido a su alrededor en el bosquecillo de abedules. Su rostro gris, aplastado y pálido, permanecía inmóvil. En sus ojos se reflejaba la fatiga, pero su mirada no carecía de cierta nobleza.

—¿Me han comprendido ustedes? —preguntó el coronel, con voz suave de acento imperativo.

Todos los oficiales menos uno se apresuraron a afirmar que habían comprendido perfectamente. Desde luego. Pero el único que había permanecido mudo hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Hurgando en ellos extrajo dos pañuelos que examinó comparándolos atentamente y se sonó después con el más sucio. En este acto puso de manifiesto cierta concentración.

—Me he permitido preguntar si se me ha comprendido —dijo el coronel con acento casi monótono—. Echo de menos su respuesta, teniente.

—¿Qué se propone usted, mi coronel? —preguntó el teniente, doblando con parsimonia su astroso y deteriorado pañuelo.

—¡Abrir brecha! —contestó Hauk, dirigiendo la mirada de sus ojos de acuoso azul hacia el oficial cuya falta de disciplina, que nada tenía de inocente, le pareció digna de ser tomada en cuenta.

—¡Con todos los que puedan arrastrar todavía un pie tras otro! —dijo un primer teniente que estaba a la sombra, justo detrás del coronel Hauk. Metió en el cinto los pulgares estirados, se balanceó brevemente sobre las rodillas y adelantó su robusta

mandíbula: se diría un lirón que después de partir una nuez sintiera, defraudado, una satisfacción muy debajo de la fuerza destructora de sus quijadas.

—Basta, Greifer —dijo Hauk con dulzura; y fue como si llamara al orden a un perro arisco que, con todo, le era siempre fiel. El teniente primero Greifer gruñó brevemente en tono bajo y casi cariñoso, y enmudeció. Sus manazas rodeaban con fuerza el cinto.

El coronel levantó su rostro pálido y desdibujado, y sus ojos infantiles y apacibles parecieron contemplar interesados el verde tierno de los graciosos abedules, como si se propusiera pintar una delicada y vaporosa acuarela. Emanaba de él una serenidad primaveral. No se percataba lo más mínimo de la ligera inquietud que parecía hacer presa en los oficiales congregados.

—Caballeros —dijo—, los americanos nos han cercado. Pero el cerrojo con que lo han hecho es débil. Podemos hacerlo saltar sin gran esfuerzo, a condición de que lancemos a la vez todas nuestras unidades de tropa.

—Sin tener en cuenta las pérdidas, ¿no es eso? —preguntó el mismo teniente. Y lo hizo con la naturalidad del que se limita a comprobar que al miércoles le sucede inmediatamente el jueves—. Entonces —añadió— tendremos muertos.

—En la guerra esto ocurre todos los días —replicó coronel forastero rozando con una mirada indulgente al oficial que se significaba por su impertinencia.

—Pero la guerra casi ha terminado —replicó éste.

—Teniente —dijo el comandante tras haber cerrado los ojos, como si sintiera y sufriera con ejemplar paciencia leves dolores—, si se me ha informado bien, manda usted una batería.

—La información es exacta —dijo el mal afeitado teniente.

—¿Su nombre?

—Asch.

—Teniente Asch —dijo el coronel—, en este sector soy el jefe de mayor graduación. He puesto a mis órdenes los restos de un regimiento de infantería, porque considero mi deber no eludir la responsabilidad de su mando. He tratado de poner en claro nuestra situación sin omitir el estado ánimo de las tropas. Y ni mi

gente ni yo tenemos ganas todavía de vernos trasladados alegremente a un campo de prisioneros.

—¿Ha hablado usted con los soldados uno por uno? —inquirió Asch, haciendo la pregunta en el tono cortés del que pide lumbre para su cigarrillo—. ¿Y qué pasará con las muchachas?

—Mi gente y yo —replicó el coronel con imperturbable suavidad, después de contener con un gesto casi imperceptible de su mano al primer teniente Greifer que, sonriendo agresivo, trataba de adelantarse y acometer—, mi gente y yo intentaremos abrirnos paso por todos los medios y no en última instancia por causa del séquito femenino de la tropa... ¿Va usted a negarme el apoyo de su artillería?

El teniente Asch se volvió e hizo una señal a un fornido cabo primero que, a cierta distancia, se apoyaba indolentemente en el tronco de un árbol. El cabo se puso en movimiento sin prisas y se acercó al grupo de oficiales con el aire francamente amenazador de un perro de Terranova. Una vez allí se quedó plantado en medio del verde tierno del césped primaveral.

—¿Existencia de municiones? —preguntó el teniente.

—Cuarenta y dos tiros —contestó el cabo primero.

—Esto es todo lo que nos queda —dijo el teniente, mirando al coronel Hauk con oficiosidad harto dudosa.

—Será bastante —replicó el coronel—. Si logramos abrir una brecha podrá usted procurarse nuevas municiones.

—Me gustaría saber para qué —exclamó con grosería el cabo primero. Parecía un jardinero que no acierta a comprender por qué después de un chubasco tiene que seguir regando sus flores.

—¡Tenga la bondad de cerrar el pico! —ordenó el teniente Greifer detrás del coronel.

—Debes cerrar el pico, Kowalski, por favor —dijo el teniente Asch guiñando un ojo a su cabo primero.

Éste se rió largamente por lo bajo, como si hubiese oído una graciosa broma; sabía que, por su grado, no tenía atribuciones para reírse a carcajadas mientras sus superiores no le autorizaran de una manera expresa.

Los oficiales que se agrupaban inmóviles en torno al coronel Hauk parecían francamente estupefactos y no vacilaban en exte-

riorizarlo a las claras. Murmuraban indignados con voz de tonos discretos, como si estuviesen en el casino militar, pero empleando la jerga característica del campo de batalla.

Un comandante obeso, llamado Hinrischen, se sonó con desprecio y escupió. Sabía a la perfección lo que era el honor militar y no se recataba de patentizar que lo sabía.

—Tome usted nota, teniente Greifer —dijo el coronel con una cortesía suave como la seda, rayana casi en el desdén más cínico y elegante—: Batería Asch, cuarenta y dos tiros. ¿Y cuántos fusiles puede usted poner a mi disposición, teniente Asch?

—Ninguno —dijo éste con una cortesía del mismo tono, conseguida no sin cierto esfuerzo.

—¿Cómo debo interpretar sus palabras? —preguntó el coronel. Parecía un médico tratando de preparar para la intervención quirúrgica a un paciente difícil.

—Estoy dispuesto a garantizar el apoyo artillero; pero no puedo responder de otra cosa.

—¡Que siga viviendo una cosa así!... —gritó el teniente, que parecía gozar con la situación creada—. ¡Merece usted comparecer ante un consejo de guerra!

El comandante obeso, llamado Hinrischen, asintió enérgicamente con la cabeza. Había llegado a la conclusión de que para un oficial aquello constituía un sentido deficiente del honor, un espectáculo que más que lamentable era irritante.

A partir de ese momento, el resto de los oficiales creyeron indicado mantenerse siempre a distancia de ese teniente de artillería tan inclinado a la desobediencia.

El coronel se golpeó brevemente los pantalones de montar con el periódico enrollado que tenía en su mano derecha.

—Todo anotado —exclamó el primer teniente Greifer con enconada satisfacción.

—Entonces, teniente, manténgase preparado con su batería —dijo el coronel Hauk—. En el momento oportuno haré que se le comunique el plan exacto de nuestra tentativa de ruptura del cerco. Hasta entonces tendrá usted tiempo de meditar sobre sus deberes de oficial.

EL destrozado y polvoriento coche de mandos del comandante de la división, general Luschke, parecía haberse refugiado en el jardín de una escuela cuyos árboles estaban a punto de florecer. El general, encogido en el estribo, se limpiaba las uñas con la hoja de una navaja.

—Con estas manos parece que haya tratado de sacar personalmente de sus tumbas a todos los soldados de mi división enterados entre Moscú y París —dijo el general.

—La guerra se hace cada vez más asquerosa, mi general —exclamó el teniente Brack, que estaba en pie con un mazo de radiogramas—. No sé de nadie que se haya conservado completamente limpio.

—¿Qué piensa usted hacer, Brack, cuando en estos días próximos termine la guerra?

—Bañarme a fondo, mi general.

—Y, aparte de esto, ¿qué más, teniente?

—Leerme hasta el fin la *Divina Comedia*, de Dante, en su lengua original.

El general cerró la navaja. Se incorporó un tanto; y su cara de patata, apergaminada, ajada y llena de arrugas recordaba la de los viejísimos gnomos legendarios.

—Con su conocimiento de lenguas extranjeras y sus parientes en ultramar, lo tiene usted bien, Brack. Porque supongo que va usted a emigrar.

—Muy posible, mi general. Todos mis antepasados fueron comerciantes, y comerciantes honrados. Siempre estuvimos dispuestos a hacer buenos negocios en Alemania y con Alemania..., pero no a hacer la guerra por o en contra de nuestros pretéritos o futuros clientes y socios.

—Querido Brack, esta guerra tal vez sea la última que dirija Alemania; pero al menos hay que tratar de llevarla con decoro hasta el final. O, para ser fiel a su jerga, no deberíamos echar a perder, por completo y a la ligera, nuestras posibilidades de crédito.

Brack sonrió discretamente y optó por callar; en sus ladinos ojos brillaba una ironía, exenta en absoluto de malicia, que no iba dirigida al general. Éste, que conocía a su teniente, pasó por alto

la mirada de su subordinado y no pensó, ni durante una fracción de segundo, en relacionar con su persona tal expresión de juvenil autosuficiencia.

—Las últimas malas noticias, por favor, Brack.

—Una parte de la división está aislada del resto desde la noche de ayer. Comprende el batallón de infantería de Hinrischen y la batería de Asch. Las comunicaciones por radio están interrumpidas.

—¿Qué más?

—La sección de artillería del capitán Wedelmann ha quedado completamente deshecha. Una batería cayó prisionera, otra fue aniquilada en combate y la tercera, la de Asch, ha quedado aislada.

—¿Y el capitán Wedelmann? —preguntó el general, golpeando con los dedos el agrietado cuero de una de sus botas que hacía semanas no veían el betún—. ¿Qué hay del capitán Wedelmann?

—Se encuentra en camino hacia acá, mi general. Ligeramente herido. Viene con el resto de la plana mayor de su sección. Solicita un nuevo destino.

—¿Dice esto el radiograma? ¿Dice que solicita un nuevo destino?

—Literalmente, mi general. Después de todo, del capitán Wedelmann no cabía esperar otra cosa.

El general Luschke se levantó despacio después de haber comprobado que las costuras de sus botas amenazaban abrirse.

—Mucho me temo, teniente Brack, que usted habría reaccionado sin duda de una manera completamente distinta.

—En absoluto distinta, mi general —dijo el teniente sin vacilar. Miraba a Luschke con la mirada de los hombres de mar, capaces de leer en las nubes lo que va a anunciar el parte meteorológico del día siguiente.

—¿Cómo?

—Es muy posible que dijera: «hice lo que pude, lo que se me ordenó y lo que creí que era mi deber; ahora he terminado ya y de una manera definitiva». Desde este momento pido licencia para poderme retirar.

—¿Y cuál cree usted que habría sido mi respuesta, teniente Brack?

La voz, de suyo tranquila y firme del teniente Brack, bajó de tono, sin perder por ello claridad.

—Mi general, usted me diría: «¡puede retirarse!».

—Hágalo, teniente —dijo Luschke con brevedad. Y se inclinó para mirar de nuevo sus botas, con las que ahora le parecía evidente no marcharía ya más.

El teniente Brack dio un taconazo breve y casi imperceptible. Después se inclinó levemente y se alejó tras de haber dejado el mazo de radiogramas sobre el estribo del coche donde Luschke había estado sentado momentos antes. Con todo ello se olvidó de hacer el saludo alemán reglamentario.

El general Luschke levantó la mirada de sus botas y siguió brevemente con la vista al teniente Brack, oficial de órdenes de su división. Después cogió los radiogramas, se apoyó en el coche y los hojeó.

Con una sonrisa amplia, satisfecha y divertida, que sólo podría rotularse con el nombre de sonrisa «de competente», comprobó que aquel día dos cuerpos de ejército distintos se empeñaban en darle órdenes al mismo tiempo, que estas órdenes disentían en muchos puntos de las del grupo de ejércitos al cual pertenecía él y que casi todas estaban en contradicción con algunas de las órdenes fundamentales del llamado Mando Supremo.

La organización se deshacía y cada cual procuraba salvarse por los medios que quedaban intactos.

El jilmaestre del mando de la división se presentó a Luschke. Había cruzado el jardín en el que se encontraban, revueltos, una serie de remolques. Se cuadró ante el general y esperó a que éste le dirigiera la palabra. No tuvo que esperar mucho.

—¿Qué? —preguntó Luschke.

—Cincuenta kilómetros, mi general. La provisión de gasolina no alcanza para más.

—Tenemos que lograr que alcance para setenta —dijo Luschke—. Tome usted las medidas pertinentes.

—Hemos agotado los recursos, mi general —dijo el jilmaestre—. Todos los depósitos de la comarca están vacíos, todas las reservas terminadas. A lo sumo podremos tal vez sangrar las unidades de su mando..., acaso las unidades de tanques.

Cara de Patata contemplaba a su jilmaestre que, de pie en medio de un arriate arrasado, parecía sentirse indispuerto. El sargento mayor callaba; en su cara redonda e infantil se pintaba una doliente confusión. Parecía casi que, contra su voluntad, no hubiese podido mantener sus pañales en estado de perfecta limpieza.

—Todavía queda otra posibilidad —dijo pensativo el general—. Podemos reducir el número de nuestros vehículos.

—Sí, mi general —dijo el jilmaestre esperanzado.

—El coche de los mapas, fuera; el de la documentación, fuera..., y después también el del equipaje.

—¿También el equipaje de los oficiales, mi general?

—Aconséjeme usted, jilmaestre.

—Desde luego, mi general. Ante todo hay que excluir el equipaje de los oficiales.

—Salude de mi parte a los señores de mi estado mayor. Dos maletines: es todo cuanto puedo permitir. El resto, ¡al diablo!

El jilmaestre se alejó, justo después de haber conseguido evitar que su mano se levantara para saludar. Estaba visiblemente contento de poder ejecutar la orden de su jefe. En los dominios inmediatos de Luschke las órdenes eran todavía sagradas, entre otras cosas porque nunca había dado ninguna que no tuviera también para él una vigencia absoluta.

El general subió a su coche y se inclinó sobre el mapa ante el cual estaba sentado el comandante Horn, jefe de su estado mayor, que tenía la rara cualidad de poder abstenerse de todo comentario y la más insólita todavía de saber tomar resoluciones absolutamente irreprochables, sin necesidad de una previa consulta con Luschke.

El general golpeó ligeramente en la espalda a su más íntimo colaborador, que no se había vuelto. Luego llamó al teniente Brack. Luschke atrajo hacia el mapa al inteligente joven y puso el dedo en un punto donde se indicaba un bosquecillo, una floresta, un campo abierto al frente, rodeado a la derecha por una serie de colinas y a la izquierda por una cadena de pinares. El conjunto, que semejava un azadón rematado en punta, se extendía hasta un cruce de carreteras.

—Teniente Brack, aquí se encuentran aislados por los americanos el batallón de Hinrichsen, la batería de Asch, una compañía de transmisiones y señales y una columna de transporte. Y aquí está su objetivo. Lo alcanzará usted con toda seguridad cruzando como un caminante solitario nuestros bellos bosques alemanes, pues ya sabe usted que sus amigos americanos sólo hacen la guerra desde las carreteras de primer orden.

—Esto es lo que se dice. ¿Y cuál es mi cometido, mi general?

—¡No más acciones de guerra! La tropa debe dividirse en pequeños grupos y tratar de filtrarse a zonas no ocupadas. Quien logre salir adelante y no sepa a dónde ir, puede presentarse en la división. Pero no olvide usted que en mi división no hay muchas de uniforme. Como primera providencia, todo el personal femenino debe ponerse en seguridad. Pero inmediatamente después deben seguir los soldados.

—Creo haberle entendido, mi general.

—Así lo espero. Y, por si no le veo a usted más, teniente Brack, le ruego que haga lo que esté en su mano para que muy pronto se puedan reanudar con Alemania los buenos negocios. Y, de ser posible, que no haya más guerras.

—Haré todo lo que esté al alcance de mis fuerzas —afirmó categórico el teniente Brack.

—Le creo a usted. Le creo de verdad —dijo Luschke. Y con un breve movimiento se llevó la mano derecha a la gorra.

ACOMPAÑADO de Kowalski, el teniente Asch caminaba lentamente a través del bosquecillo verde tierno de abedules, y se dirigía hacia el puesto de su batería. El sol brillaba dulcemente y daba un calor agradable. Pero el suelo seguía húmedo y olía a moho. La primavera, delicada y tenaz, probaba de lanzar su soplo contra la guerra que resollaba y daba, convulsa, sus últimos alientos.

—¡Vaya! Esta cuadrilla puede que hasta resulte graciosa —dijo el cabo primero Kowalski—. Y tú, precisamente tú, te dejas enganchar en ella.

—¿Crees que soy idiota?

—Eres teniente —dijo Kowalski—. Pero esto nada tiene que ver con tu inteligencia.

—En todo caso —dijo el teniente Asch— todavía nos quedan cuarenta y dos granadas. Y ahora poco importa que disparemos por ahí o las arrojemos al estercolero más próximo.

—¡Nada, hasta el último cartucho! A lo mejor somos héroes. Y cuando algún día, más adelante, les cuente esto a mis hijos, van a derramar gruesas lágrimas de emoción.

—Y, sin embargo —dijo, deteniéndose, el teniente Asch—, tú no eres precisamente un imbécil, Kowalski.

—Soy cabo primero —replicó éste con dignidad.

—¡A pesar de todo, Kowalski! Los americanos han aislado nuestro destacamento y algunos más. Este coronel Hauk, que ha caído entre nosotros disparado quién sabe de dónde, quiere abrirse paso y está decidido a hacerlo, con o sin artillería. ¡Por mi parte, que lo haga!

—¡Éste sólo quiere ponerse a salvo, hombre! No tienes más que verle la cara..., el clásico tratante de ganado con cierta educación escolar elevada. No es un toro bravo como ese Hinrischen, sino un verdadero pícaro que quiere exponernos a todos.

—No podemos oponernos —dijo Asch, sonriendo y dando una palmada en la espalda a Kowalski. El cabo tropezó con un par de prendas de uniforme destrozadas que había en el suelo. Dio una patada a un casco de acero cubierto de barro, que rodó hasta un fusil abandonado.

—Todo el mundo empieza a poner los pies en polvorosa —dijo—. Pero el teniente Asch se ejercita en las prácticas de la camaradería militar y nosotros, sus culis, debemos cooperar en los ejercicios.

—Por lo visto estás ardiendo en deseos de ponerte rumbo al cautiverio. ¿Es esto lo que quieres?

El cabo se arrodilló, cogió del suelo una mochila y explorando su interior extrajo con diestra mano el resto de una tableta de chocolate. Con aire competente comprobó el buen estado del hallazgo y arrojó la mochila a un matorral, haciéndole describir una curva por el aire.

—Te he preguntado, especie de desvalijacadáveres, si ya desde ahora quieres dirigirte al cautiverio.

—Nada de eso —dijo Kowalski jovialmente mientras olisqueaba el chocolate—. Lo que yo quiero es vestirme de paisano. Nada más.

—¿Aquí, en campo raso?

—¡Hombre! ¿Pues dónde si no? ¡Qué otro remedio me queda! ¿O crees que antes tengo que construirme aquí un pueblo?

—Para vestirnos de paisano, Kowalski..., habrá que esperar a que estemos en casa.

—¿En casa? Está muy lejos; condenadamente lejos... Todavía nos faltan setenta kilómetros.

—Entre nosotros y nuestros pueblos hubo un día varios miles de kilómetros; después de todo, este miserable resto que nos queda, también nos lo tragaremos.

Kowalski desenvolvió el chocolate y se lo metió en la boca. Después, masticando activamente, dijo:

—Es insípido..., todo es ahora insípido.

—Si este coronel Hauk logra romper el cerco —cosa que muy bien puede suceder—, cerraremos la marcha tras él pisándole los talones. Después tomaremos el rumbo de nuestra ciudad natal. Una vez allí, guirnaldas de flores, comité de recepción, doncellas de honor y en la plaza del mercado una pancarta con una gran inscripción: «Saludemos a nuestros soldados vueltos al hogar». Por la noche, baile de los soldados del frente en el *Bismarckhöh*. Y todo esto habrá que agradecerse a nuestro querido coronel Hauk.

—No pasaremos —dijo Kowalski, obstinado—. A lo sumo nos acercaremos hasta el enemigo; pero en el cruce hay dos tanques americanos; ¿quién los quita de en medio?

—Nosotros —dijo Asch—. Y nada mejor que pasar con todo el gremio y todo el bagaje. Y después, en el pueblecito natal de cada uno, concurso de desarme y a continuación apoteosis de injurias al Führer.

—Eso me gusta, pero por otra parte no me satisface —dijo Kowalski, pensativo—. Es casi demasiado bello para ser verdad. Porque lo que me fastidia es la boca de ese tío; parece que haya

dejado sus sentimientos en casa. Pero vete a saber si quedaron en algún lugar de Rusia. Es imposible saberlo con exactitud. Sin embargo, hay una cosa que sí sé de una manera cierta, y es que esta guerra, te lo digo yo, está dando las últimas boqueadas...

—No tienes por qué decírmelo; esto puede advertirlo incluso un teniente.

—Si yo estuviera en tu lugar, Asch, disolvería el destacamento. Ahora mismo.

—Pero yo no soy tú, Kowalski.

Dieron un rodeo a un montón de cajas de munición abandonadas, que habían sido abiertas violentamente y registradas; pero no contenían otra cosa que munición de infantería, que aparecía esparcida por el suelo húmedo del bosque.

—Liquidación general de la Gran Alemania —dijo Kowalski—... ¿Por qué nosotros no tomamos también parte en ella? Hace días que carecemos de todo enlace con nuestra división. Hace semanas que nadie sabe dónde está el mando del regimiento. Sólo el general Luschke se mueve posiblemente en su coche por estos contornos; pero no será él a solas quien pueda impedir ya nuestra victoria final.

—No sé —dijo Asch, apartando al paso una rama de sauce y soltándola después—, no sé si, vestido de paisano, me gustaría encontrarme a Luschke con el uniforme todavía puesto.

—Tampoco Cara de Patata vestirá eternamente de uniforme. Puedes estar seguro de ello. Por consiguiente, ¿qué hacemos? ¿Nos vestimos de paisano por fin o no nos vestimos todavía?

—Estamos encajonados, Kowalski. Y si no conseguimos escapar, el americano nos atraparé indefectiblemente. Que llevemos puesto el uniforme o vayamos de paisano, para el caso, no importa en absoluto.

—Pero si yo no quiero seguir colaborando, ¿qué? Si no quiero continuar, ¿qué?

—Entonces podrás contemplar a los americanos por detrás de la alambrada de espino..., mientras yo en casa me emborracho para celebrar la victoria final.

—¡De acuerdo! ¡Y yo me emborracharé contigo! ¿Qué no haría uno por sus camaradas?

—Entonces, amigo Kowalski, el coronel que se ha adjudicado aquí el mando supremo, tendrá nuestro apoyo de artillería. Cuando el cruce esté libre, si lo está, pasaremos zumbando hacia casa, sin desviarnos del rumbo. En todo caso después siempre estaremos a tiempo para disolvernó.

—¿Y si la cosa no marcha? ¿Y si nuestros últimos héroes con su coronel se quedan clavados en el cruce? O ¿qué pasará si el cruce no permanece libre más que dos minutos y nosotros, con toda nuestra batería, no llegamos a tiempo?

El teniente Asch reflexionó brevemente y luego sacudió la cabeza.

—No vas desacertado del todo, Kowalski. También debemos pensar en esto. Pero esta bolada no es difícil. Tú te pegas al último de nuestros héroes con la moto y, cuando el cruce esté libre, sales a todo gas. Y siempre en dirección a casa. Sin desviarte. En calidad de avanzadilla.

—Y tú ¿qué vas a hacer con los demás?

—Algo se nos ocurrirá. Los caminos que llevan a la bodega de mi padre son muchos. Alguno descubriré. Tenlo por seguro.

EL capitán Schulz, substituto del comandante del destacamento de artillería de reserva, que se iba disolviendo minuto tras minuto, y suplente además del comandante de la plaza, empezó el servicio precipitándose, como solía, sobre el correo recién llegado. Esperaba con suma impaciencia un escrito anunciándole su ascenso a comandante.

—Palabrería todo, y nada más que palabrería —dijo asqueado. Y con rápido y breve movimiento apartó el montón de cartas a un lado de su escritorio—. Miserable palabrería.

Estaba amargamente desilusionado. Que él tuviera que esperar por el ascenso era algo que le apenaba profundamente. Había cumplido con su obligación, hecho cuanto debía y, por lo mismo, era justo que esperara que los demás hicieran otro tanto, sobre todo entonces, cuando se tramitaban, como allí era el caso, las cuestiones más decisivas y últimas de la vida militar. Y si él había